

FANNY.—¿Y esa ráfaga de Carnaval con que se divierten un día sí y otro no?

LADISLADA.—Carnaval hay por acá; pero no nos ponemos careta, quiere decir, rostros postizos.

HORT.—¡Vaya que es desenvuelta y redicha la cocinera!

DON PEDRO.—(Asustado, aparte á su amiga.) Ladislada de mis entretelas, mire que esta Marcolfa es muy mala, y si nos peleamos con ella, ni á usted ni á mí nos llevará...

LADISLADA.—(Vivamente.) ¡Ni falta!

HORT.—(A su marido.) ¿Qué dices á esto, Abelardo?

ABELARDO.—(Completamente abrumado y sin voluntad.) No me entero de nada. Me he quedado sordo.

### ESCENA X

Los mismos.—EL MARQUÉS, EL DOCTOR, LA SUPERIORA, que entran por la derecha, segundo término.

MARQUÉS.—Señora mía, dispéñeme.

HORT.—Marqués, usted siempre trabajando. No sé si admirarle ó compadecerle.

FANNY.—Las dos cosas.

HORT.—Un hombre independiente, riquísimo...

MARQUÉS.—¿Pero cree usted que un régimen como el de esta casa, y sus complejos organismos, no dan mil quehaceres y cavilaciones?

HORT.—Sí, sí, lo comprendo. Y yo sería muy dichosa si pudiera imitarle. ¿Verdad, Abelardo, que le imitaríamos si pudiéramos? (Abelardo, medio alelado, mira á su mujer y vuelve el rostro.) ¿Verdad que tus dolencias nos embargan la atención, y no podemos pensar en otra cosa?

ABELARDO.—(Seca y lúgubrememente, sentado junto á la mesa central.) Mi trabajo es padecer.

FANNY.—(Con Terranova, detrás de la mesa.) Ninguna ilusión le arrastra, ningún estímulo le saca de su inercia.

HORT.—Vean ustedes por qué desmayamos en nuestro propósito.

MARQUÉS.—Pero me ha dicho Mariano que no desisten...

HORT.—Desistir, nunca.

FANNY.—Continuamos observando, aprendiendo.

HORT.—Hoy precisamente, después de misa, hemos recorrido algunas salas, y los recreos de la huerta. Por cierto que... Dispéñeme si le digo mi opinión con toda claridad. Soy muy franca.

LADISLADA.—(Aparte.) Dí que eres más fresca que la Cibeles.

MARQUÉS.—Diga usted cuanto piense.

HORT.—No acaban de gustarme las licencias que aquí disfrutaban los asilados, ni la imitación de los regocijos y locuras del mundo.

MARQUÉS.—Los huéspedes de la *Indulgencia* no son criminales; son pobres viejos inútiles y desamparados. En esta idea se inspiró la santa fundadora. ¿Que este sistema no es el único; que hay otros? Ya lo sé. Los respetamos sin entablar disputa sobre las excelencias del nuestro.

LADISLADA.—(Aparte.) Toma, y vuelve por otra.

HORT.—Perfectamente, Marqués. Usted proclama la libertad de opiniones; yo la libertad de planes. Los nuestros no son propiamente un sistema. Circunstancias aflictivas nos han determinado á simplificar nuestro proyecto. ¡Ay! Después de mucho meditar, hemos acordado... lo primero evitarnos molestias, desazones y quebraderos de cabeza.

DOCTOR.—Muy bien. Es lo más humano.

HORT.—Lo segundo, no construir edificio. ¿Qué falta nos hace construir, si en España sobran locales para éste y otros objetos píos? Tampoco necesitamos personal, porque nos lo darán ya constituido.

DON PEDRO.—(Aparte, escamado.) Oído á la caja, que esto es grave.

HORT.—El millón de pesetas que destinamos á esta magna obra en servicio de Dios, lo entregaremos á los Reverendos Padres Capuchinos de la Paciencia (Súbita mueca y ceño fosco de don Pedro), los cuales se encargan de organizar y de instalar la institución en su propia casa, de adquirir el preciso material, de recoger los primeros asilados; todo ello bajo la inspección y consejo de un patrono, que podremos llamar *Director* (El rostro de don Pedro se ilumina), ó llamémosle *Comisario General*.

- DON PEDRO.—(Con llaneza y alegría.) Es lo mismo.
- HORT.—Y la persona más indicada para ese alto cargo... ya lo adivinarán... (Expectación.) Es Abelardo, mi amado esposo.
- DON PEDRO.—(Aparte arrugando el ceño.) Abelardo. No está mal... Pero...
- HORT.—Pero como su delicada salud no le permite atender asiduamente á las obligaciones del patronato, dirección, ó como se llame... (A su esposo.) Sigue, Abelardo, que á tí te corresponde este nombramiento, para darle más autoridad.
- ABELARDO.—(Alelado.) ¿A mí?
- HORT.—Habla, hombre... (Despótica.) ¿No te acuerdas? Es lo convenido.
- ABELARDO.—(Con gran esfuerzo, vacilando.) Pero como mi delicada salud *etcétera*... me impide *etcétera*... vengo en disponer que me asista un secretario activo, inteligente...
- DON PEDRO.—(Aparte alegre, esperanzado.) Activo, experto... que posea la teoría y la práctica...
- ABELARDO.—Designo para ese cargo á la persona de mi familia más inepta... digo... ¡qué tonto! más apta...
- HORT.—¡Hijo, cómo estás hoy!... Seguiré yo... Se ha empeñado en nombrarme Secretaria... Pero... (Con fingida cordedad.)
- DON PEDRO.—(Turbalísimo, haciendo pabellón en su oreja.) No se oye... ¿Qué ha dicho?
- HORT.—Como la modestia es mi norte, y no me gusta figurar, delego mis funciones en mi querida hija y en el ilustre caballero Terranova, que pronto será su esposo... Ambos han estudiado á fondo este asunto cristiano y social. (Don Pedro Minio queda suspenso, paralizado y sin voz.)
- TERRANOVA.—(Con emoción y cierto énfasis oratorio.) Cúmpleme declarar, siquiera sea someramente, brevemente, mi gratitud á esta noble familia, no sólo por dar satisfacción y acogimiento á mis anhelos purísimos, vehementísimos, anhelos del corazón...
- ABELARDO.—Amén.
- TERRANOVA.—Sino por conferirme, en unión de Fanny, un elevado cargo, superior á mis méritos; un cargo, señores, que...

- FANNY.—Te embarullas, Pepe. Déjame á mí. Aceptamos agradecidos la Secretaria, y nos estrenaremos declarando la sagrada obligación de amparar decorosamente al tío de nuestro fundador, al ingenioso viejo don Pedro Minio, que, como es natural, pasará de esta casa á la nuestra.
- LADISLADA.—(Alto; vivamente.) No pasará, no pasará.
- DON PEDRO.—(Trémulo de emoción.) Aguardemos á ver...
- FANNY.—Tenemos en cuenta el parentesco...
- HORT.—El parentesco... Sigue tú, Abelardo.
- ABELARDO.—(Aturldo.) Me he quedado... mudo... No puedo hablar.
- HORT.—El señor de Minio será tratado con todo miramiento. Ha de saber que los Capuchinos se encargan de cuidar á los ancianos, de aleccionarlos, de dirigirlos hacia el bien. Y sepa, además, que nuestra fundación es exclusivamente para la ancianidad masculina. No creemos decente la convivencia de los dos sexos, ni aun en esa edad caduca y fría.
- DON PEDRO.—(Con acritud y enojo.) ¿Hombres no más? ¿Y allí voy á estar yo sin ver más que las caras tétricas de los Capuchinos, con sus barbas hasta aquí?
- HORT.—Así ha de ser.
- DON PEDRO.—¿Ni veré Hermanitas jóvenes y guapas como las de acá?
- FANNY.—(Jovial.) No verá más que frailes bien barbados que sepan hacerse respetar.
- DON PEDRO.—Dios sea conmigo.
- HORT.—Vivirá usted en la santa casa; se le dará trato de preferencia; vestirá con humildad decente.
- FANNY.—Comerá usted con los Padres... que se dan buena vida.
- DON PEDRO.—¿Y qué falta me hace á mí comer con esos Padres ó Abuelos, ni qué saco yo de verlos delante mientras como? Perderé el apetito; me moriré de miedo, me moriré de hambre. (Todos ríen.)
- MARQUÉS.—¡Pobre Minio! No se conforma... no.
- DOCTOR.—¡Buena le ha caído!
- HORT.—Las conversaciones ociosas y livianas se prohibirán rigurosamente. Hablará usted algún ratito con los reve-

rendos frailes, y sólo de los temas que éstos quieran plantear. (Risas y burlas.)

LADISLADA.—(Burlona y triunfante.) ¡Ay, qué divertidísimo va á estar mi don Périco en el Asilo grandioso con todos los adelantos!

DON PEDRO.—(Desesperado.) Sobrino mío, señora Marcolfa... digo, doña Hortensia, señorita Fanny, ¿es que quieren hacer de mí un presidiario, un esclavo, un cadáver?

HORT.—¿Para qué quiere usted libertad y habladorías, pobre viejo inútil, si lo que á usted le conviene es tranquilidad, paz...?

DON PEDRO.—¡Lo que usted me ofrece no es vida tranquila, sino rabiosa; no es paz, sino muerte!... Señor Marqués de los Perdone, señor Doctor y Hermanas queridas, vuélvanme á su gracia. Yo quiero alegría, comunicación con mis iguales, hablar, reír, comentar lo sucedido, referir lo verdadero y lo falso, convidar á un amigo, bromear con otro, jugar á juegos inocentes, perder y ganar; quiero la ilusión de la vida... ¿Pues qué, señoras y caballeros, el espíritu no es nada, el ideal no es nada, el amor, digamos la amistad, no son nada? Guárdense con mil demonios su fundación tétrica y barbuda. Yo no la quiero; no iré á esa prisión, no y no mil veces. Déjenme á la sombra de mis árboles de la *Indulgencia*.

LADISLADA.—(Palmoteando.) He ganado, he ganado.

DON PEDRO.—¡Desdichado de mí, que me dejé tentar de una ambición loca! «¡Director!» zumbó el diablo en mis oídos. Pedro Minio, Director... ¿de qué? ¡De esta engañifa marcolfiana y capuchinesca! Y más ciego que un topo, no hice caso de la que quiso desengañarme, de ésta mi compañera y amiga. ¡Oh, Ladisla...! Tú eres la mujer sabia, el iris de paz, la rosa sin espinas; tú eres un ángel, una santa, la diosa Venus, digo... la diosa Razón... digo, no eres Diosa, sino la casta Susana y Dulcinea del Toboso...

HORT.—(Riendo.) ¡Jesús, qué hombre más desatinado! (Se levanta. El Marqués le ofrece el brazo.)

FANNY.—Es un socarrón con trastienda, ó un inocente gracioso.

HORT.—(Dirigiéndose con el Marqués al comedor.) Un rato nos han

divertido estos viejos... La fundación de usted es romántica; clásica la mía.

MARQUÉS.—¡Y tan clásica!

HORT.—¿Cuál, á juicio de usted, será mejor mirada en lo alto?

MARQUÉS.—La mía, señora. La de usted, permítame la franqueza, es deplorable, inhumana.

HORT.—Vamos á cuentas, Marqués. ¿No cree usted que la Humanidad es muy mala?

MARQUÉS.—No es buena... Pero usted quiere hacerla peor.

FANNY.—(Ofreciendo el brazo á Abelardo.) Vamos, papáito...

ABELARDO.—¿A dónde?

FANNY.—Al comedor.

HORT.—(Deteniéndose.) ¿Vienes ó no, impedimenta horrible? (Aparecen los viejos en la puerta del ventanal.)

ABELARDO.—Yo me quedo aquí. Yo no sigo á mi mujer. (Se vuelve hacia el ventanal.) Ancianos de la *Indulgencia*, quiero estar con vosotros.

DOCTOR.—(Cogiéndole del brazo.) Abelardo, ¿ha perdido usted el juicio?

ABELARDO.—No lo pierdo, lo gano. Acójame en la *Indulgencia*. Quiero morirme aquí.

DON PEDRO.—(Abrazándole.) ¡Hijo mío!

LADISLADA.—Vendrá, vendrá con nosotros. (Entran los viejos.)

## ESCENA ÚLTIMA

Los mismos de la escena anterior.—POLIDURA, MILAGROS, ETELVINA, PASCASIA, DON TELÉMACO, BERDEJO. Hablan casi simultáneamente.

POLIDURA.—Que se quede.

MILAGROS.—Que nos le dejen. Criatura, venga acá.

ETELVINA.—Es nuestro premio gordo.

PASCASIA.—Nosotras le cuidaremos.

DON TELÉMACO.—Amigo, aquí está el descanso.

BERDEJO.—Aquí la gente honrada.

SUPERIORA.—Por Dios, no alboroten. Vuélvanse al jardín.

HORT.—(Estupefacta.) ¿Qué dices? ¿Qué haces?

ABELARDO.—(Agarrándose á don Pedro y Ladislada.) Tío, Ladislada, sostenedme, dadme la voluntad que necesito para mi emancipación.

HORT.—(Imperiosa, tratando de llevarse.) Ven aquí. Apártate de esos desgraciados.

ABELARDO.—No quiero. Estoy en mi casa. Recobro mi personalidad. A pedazos, no de otro modo, me arrancarás de la *Indulgencia*.

HORT.—(Desabrida.) Marqués, ¿usted consiente...?

MARQUÉS.—Si don Abelardo quiere pertenecer á esta familia humilde, no puedo negárselo. Los estatutos permiten la admisión de enfermos incurables, que son ancianos prematuros.

HORT.—Mi marido es rico. Comprendo que su admisión no ofrezca dificultades.

MARQUÉS.—La riqueza es ciertamente un estorbo. Si al nuevo asilado le pesa, puede dejarla fuera, que aquí no se necesita.

HORT.—(Irónica.) Se te traerá tu ropa para que puedas asistir decorosamente á este teatro en los días de moda... dinero para que juegues, y pagues el café á tus compañeros.

ABELARDO.—Un notario es lo que has de traerme... Te cedo la mitad de mis bienes. Recíbela, Hortensia, en pago de mi libertad. De la otra mitad dispondré de acuerdo con mi tío y Ladislada, y le daremos la aplicación que mejor nos cuadre.

DON PEDRO.—(Oficiosamente.) Justo: dispondremos, resolveremos... según nos acomode...

HORT.—La mitad para mí... Indemnización muy natural por mis desvelos y sacrificios...

DOCTOR.—(A las Hermanas.) ¡Valiente pécora!.. ¡Y todavía chillará!

HORT.—Señor Marqués, pienso que podremos almorzar tranquilamente... (El Marqués le ofrece de nuevo el brazo.)

ABELARDO.—A mí me servirán en el jardín, con mis nuevos amigos.

VIEJOS.—Sí, sí... venga.

HORT.—(Con afectada expresión de sentimiento, llevándose el pañuelo á los ojos.) ¡Ah, ingrato, ingrato!

ABELARDO.—Soberbia y vana mujer, debo decirte... (Falto de respiración.) No puedo. Contéstele usted, tío.

LADISLADA.—Sí: hable, don Pedro, para que todo concluya en santa paz.

DON PEDRO.—(Adelantándose.) Señora sobrina, señorita y caballero: deslumbrado por mi fantasía, quise ir con vosotros, persiguiendo un ideal de caridad. Pero el ideal está aquí. Mi engaño ha servido para desengañar á este infeliz, á este mártir, que viene á participar de la paz y de la dulce alegría de nuestra casa. Hermanos, acogedle, abrazadle con amor. (Abelardo abraza á viejas y viejos, uno por uno.)

VIEJOS.—Sí, sí... Es nuestro.

DON PEDRO.—Volved á vuestro mundo, donde disfrutáis el poder, la riqueza y los goces sin medida, y dejadnos en este amado retiro, donde gozamos la ilusión de lo que tuvimos ó de lo que nos faltó en los mejores años. Aquí la suprema piedad nos ha dado la paz, la fraternidad y el santo amor á la vida, todo lo que Dios ha concedido á la humanidad, para que sea menos doloroso su paso por este mundo.

FIN DE LA COMEDIA